

**Primer Centenario de la Caja de Pensiones del  
Banco de España : actos conmemorativos  
celebrados en el edificio del Banco, en Madrid el  
18 de febrero de 1953 / Banco de España.**

Madrid : [s.n.], 1953.

Signatura: D-05098

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente*



D-5098

I.<sup>er</sup> CENTENARIO DE LA  
CAJA DE PENSIONES

DEL

**BANCO DE ESPAÑA**

---

ACTOS CONMEMORATIVOS  
CELEBRADOS EN EL EDIFICIO  
DEL BANCO, EN MADRID,  
EL 18 DE FEBRERO DE 1953





I.<sup>er</sup> CENTENARIO DE LA  
CAJA DE PENSIONES

DEL

BANCO DE ESPAÑA

ACTOS CONMEMORATIVOS  
CELEBRADOS EN EL EDIFICIO  
DEL BANCO, EN MADRID,  
EL 18 DE FEBRERO DE 1953





INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS  
CALLE DE ALFONSO XII, 10

ANEXO DE ESPAÑA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS  
CALLE DE ALFONSO XII, 10  
MADRID





18 FEBRERO 1962 19 FEBRERO 1962

LA GENEROSIDAD DEL  
BANCO DE ESPAÑA  
LA FE Y EL ESFUERZO DE  
SUS EMPLEADOS  
FUERON CREANDO  
A TRAVES DE CIENTOS AÑOS  
UN VINCULO  
DE UNION PERDURABLE  
MIENTRAS LAS VIDAS  
SE SUCEDEN  
LA CAJA DE PENSIONES  
LAUS DEO

Portillo



En la tarde del día 18 de Febrero de 1953, se celebraron en el edificio de las Oficinas Centrales del Banco de España los actos conmemorativos del primer Centenario de la fundación de la Caja de Pensiones en favor de sus empleados que data de 18 de Febrero de 1852.

Asistieron los señores Ministros de Obras Públicas, de Trabajo y Comercio; Subsecretario de Trabajo, Presidente del Consejo de Administración del Instituto Nacional de Previsión, representaciones de la Banca oficial y privada y de los organismos de Previsión, así como el Consejo y Alta Administración del Banco de España y otras varias personalidades.

Primeramente en el patio central de operaciones se procedió al descubrimiento de la lápida conmemorativa. Previamente hizo uso de la palabra el Excmo. Sr. D. Luis Sáez de Ibarra, Subgobernador del Banco y Presidente de honor de la Caja de Pensiones.





El Sr. Sáez de Ibarra durante su intervención

## Discurso del Excmo. Sr. D. Luis Sáez de Ibarra

Excmos. e ilmos. señores, señoras y señores:

El hecho de ser yo, aunque inmerecidamente, Presidente de Honor de la Caja de Pensiones del Banco de España, me obliga a pronunciar en este acto, tan cargado de significación, unas palabras que si, seguramente, no habrán de estar a la altura de la solemnidad que conmemoramos, sí procuraré que lo estén a la de los latidos más sensibles de mi corazón, que en estos momentos apresura su paso por varios y muy justificados motivos.

Nos preside el Sr. Ministro de Obras Públicas, Conde de Vallellano, persona a la cual no podemos considerar ajena a esta Casa porque felizmente nos hemos beneficiado de su asesoramiento, de la lucidez de su personalidad, de su valiosa opinión—tantas veces contrastada en el servicio de España—, durante los varios años en que nos ha acompañado en las ta-



reas del Consejo general del Establecimiento. Y precisamente en esta ocasión en que conmemoramos una de las más importantes realidades sociales del Banco de España, todos los que integramos esta Casa, Gobernador, alta Administración, Consejeros, personal de todas las categorías y pensionistas, hemos de sentirnos íntimamente compenetrados con el Sr. Conde de Valvellano porque nada de lo que se ha hecho últimamente en este sentido le ha sido ajeno, y aun diría más, tan pronto como surgía la oportunidad de un beneficio en favor de los empleados. la voz del Sr. Conde de Valvellano, siempre luminosa, elocuente y cargada de caridad y de justicia, era la primera en aportar su aliento generoso y cordial.

Al Sr. Ministro de Trabajo, D. José Antonio Girón, le vemos en este acto con la mayor complacencia. Y al agradecer la amabilidad que ha tenido para con nosotros prestando a este acto la solemnidad de su presencia, quiero rendirle el homenaje de gratitud que merece por haber tramitado y resuelto favorablemente la concesión en favor del Banco de España de una merced de tan preciado rango como la Medalla de Oro de la Previsión Popular. Yo pido para el Sr. Ministro de Trabajo el aplauso que merece y que le es debido por nuestros sentimientos de gratitud. (Muchos aplausos.)

El Sr. Ministro de Comercio, nuestro buen amigo y compañero D. Manuel Arburúa, me perdonará que, no obstante sus altos y elevados méritos, le consideremos como cosa propia, puesto que aquí, entre estos muros y en esas mesas, existen muchas muestras de su laboriosidad, de su inteligencia y de su espíritu de servicio al Banco de España y a España.

A las demás autoridades que nos honran con su presencia, al Sr. Subsecretario de Trabajo, al Presidente del Instituto Nacional de Previsión, del Instituto Español de Moneda Extranjera, a los Directores y Consejeros de la Banca oficial y privada, a los representantes de las Cajas de Ahorros, de los Sindicatos y de los Montepíos; en una palabra, a cuantos se mueven en el ámbito de la moneda, del ahorro y del crédito, un saludo muy cordial junto con nuestro agradecimiento por haber tenido la gentileza de acompañarnos en este acto, para nosotros tan grato, prestándole el realce de su personal asistencia.

Hoy precisamente hace ciento un años, el 18 de febrero de 1852, el sentido de previsión de unos hombres que formaban la Administración y el Consejo del Banco Español de San Fernando, atendiendo a los deseos de los funcionarios, iniciaron lo que hoy es la actual Caja de Pensiones del Banco de España, siguiendo los principios de previsión imperantes en su época. Pocos podían suponer en esta fecha fundacional los avatares, las dificultades, las luchas internas e incluso los sucesos exteriores que habría de salvar la Institución hasta alcanzar la altura de estos días. El solo recuento de los sucesos históricos que han venido sucediéndose durante la vida de la Caja, dará idea de las dificultades que hubo de salvar: azaroso reinado de Isabel II, revolución y malhadada primera república española; albores de la restauración; regencia, guerra de Cuba y pérdida de las últimas colonias; esperanzas que despierta la normalidad de la primera década de este siglo; guerra europea; segunda década del siglo, en que se van apurando las posibilidades de la monarquía constitucional; gobierno del llorado General Primo de Rivera; segunda malhadada república española, y, al fin, rescate de la patria en 1936 tras el cruento sacrificio de los mejores de sus hijos y la pérdida de importantes jirones de su patrimonio económico. Pocos podían suponer en 1852 que habría de llegar la Caja de Pensiones, después de estos cien años, a encontrarse con la lozanía de una primera juventud, con el empuje de una obra recién hecha, con la firmeza y la solidez que el tiempo no ha mellado, sino, antes al contrario, ha servido para darle cohesión, esplendor y firmeza.

Es de admirar, señores, desde la cima de esta conmemoración centenaria, no sólo la buena voluntad, el laudable deseo, de los insignes varones que fundaron nuestra Institución, sino la fe que todos pusieron en los destinos de la sociedad española y en los destinos del Banco de emisión. Esta fe, como un luminoso ejemplo, ha servido para sacar fuerzas de flaqueza en los momentos más difíciles, ha servido para iluminar los pasos más tortuosos e inciertos, hasta lograr poner en nuestras manos una obra, no digo ejemplar, pero sí de contenido profun-



damente humano. Desde entonces acá ¡cuántas lágrimas no se han enjugado bajo su sombra bienhechora!, ¡cuántas situaciones difíciles no han sido remediadas en el seno de numerosas familias!, ¡cuántos huérfanos no han sentido protegida su infancia!, ¡cuántos ancianos no han visto amparada su vejez! En una palabra, ¡cuánta acción bienhechora, cuánta acción social, en el más amplio sentido, no ha tenido cauce y fundamento en nuestra benemérita Caja de Pensiones...!

La historia de nuestra Institución es una clara muestra del valor, de la iniciativa individual aplicada con generoso ánimo a las empresas de gran aliento. En efecto, la Caja de Pensiones ha tenido como núcleo rector, como fuerza motriz, la iniciativa individual y de ella se ha valido tanto en los momentos prósperos como en los adversos; en ella ha encontrado el Banco solución para todos sus problemas, que no fueron pocos ni pequeños, como vamos a ver en una rápida síntesis de su historia.

Los primeros ochenta años de la vida de la Caja, creada sin un firme asiento matemático, fueron de verdadera euforia. Ante el constante aumento de los ingresos se ampliaron los beneficios concedidos, dejándose llevar el Banco de los impulsos de su generosidad. Pero no tuvieron en cuenta lo que es tan sabido para los teóricos de seguros, a saber: que en los organismos de carácter mutualista, de no existir una base previsora, las dificultades comienzan a los veinticinco o treinta años de su fundación. Efectivamente, hacia 1880 comienza a dibujarse en la Caja una etapa de dificultades, que aumentan a medida que crece la declaración de pensiones. Se abre una etapa curiosísima en la vida de nuestra Institución; de un lado el Consejo, de otro las Juntas generales y de otro los propios empleados, buscan afanosamente remedios para una situación que llega a hacerse insostenible. Hubo necesidad de poner el caso en conocimiento del Poder público, sometiendo a su consideración una idea feliz que patrocinaba el entonces Subgobernador, D. Francisco Belda, de quien por tantos y por tan varios motivos resulta deudora esta Casa, y que al obtener el refrendo del Gobierno el 4 de julio de 1921, vino a resolver todas las dificultades. Esta medida no voy a juzgarla en el aspecto científico; sólo diré que vino dictada por la generosidad y que sirvió eficazmente al fin propuesto, iniciándose a partir de entonces una era de prosperidad que alcanza hasta el término de nuestra guerra de liberación. Por cierto que el Ministro de Hacienda que sancionó dicho Real Decreto, D. Manuel Argüelles, ilustre hombre público que ocupó un destacado puesto en el Consejo de Administración de uno de los más importantes Bancos españoles, merece el tributo de la imperecedera gratitud de los empleados y pensionistas del Banco de España (la de los funcionarios de Hacienda la tiene también por otros motivos contraídos en su segunda etapa en el Ministerio).

Se llega así en la vida de la Caja hasta la época en que nos ha tocado a nosotros ser protagonistas de la historia y en la que con la mayor voluntad y contando siempre con la asistencia de Gobernadores, alta Administración y del Consejo, hemos procurado conservar para la Caja de Pensiones los lugares de honor y primacía que eran ya timbre de honor de su pasado y una exigencia de su tradición. Así hemos conseguido la elevación de las pensiones mínimas, el aumento general de todas las pensiones para acomodarlas, en lo posible, a los incrementos del nivel de vida, sin olvidar el aumento que era debido en el capital que constituye la reserva matemática de la Caja y que hemos logrado elevar hasta los 180 millones de pesetas.

Por último, nos ha tocado la celebración de la fecha centenaria. Y esta conmemoración la hemos solemnizado, primero ante Dios, hincando nuestras rodillas y rezando por nuestros muertos en el solemne funeral que tuvo lugar en la Iglesia de San José, hoy hace precisamente un año; después, llevando a los hogares de nuestros pensionistas dos alegrías: una, la elevación de las pensiones mínimas hasta la cifra de 5.000 pesetas, y otra, la concesión de una mensualidad extraordinaria, con lo que el número de las percibidas en 1952 se ha elevado a 14. Para las pensiones causadas a partir del 1.º de enero de 1953, la fecha del

centenario ha tenido una gran repercusión: el aumento del 40 por 100 en los sueldos reguladores. Y como broche final, hemos solemnizado nuestro primer centenario con este acto que es como el público reconocimiento, como la externa y oficial consagración, para la obra que callada y perseverante se ha venido gestando dentro de estos muros, por muchas razones, venerables.

Y no quiero molestar más vuestra atención. Cuando el Sr. Ministro de Obras Públicas, en representación del Sr. Ministro de Hacienda, que por hallarse ligeramente indispuerto no ha podido concurrir personalmente al acto, descorra los colores de la bandera española permitiendo leer las palabras con que pretendemos perpetuar el centenario, yo voy a elevar a Dios un solo ruego, y es el de que dentro de cien años, en una reunión como ésta, nuestros descendientes puedan decir de nosotros lo que nosotros decimos de los antepasados de 1852: fueron unos españoles que supieron cumplir con su deber. (Una gran ovación acoge las últimas frases del Sr. Sáez de Ibarra.)





El Sr. Sáez de Ibarra durante su intervención

## Discurso del Excmo. Sr. D. Luis Sáez de Ibarra

Excmos. e ilmos. señores, señoras y señores:

El hecho de ser yo, aunque inmerecidamente, Presidente de Honor de la Caja de Pensiones del Banco de España, me obliga a pronunciar en este acto, tan cargado de significación, unas palabras que si, seguramente, no habrán de estar a la altura de la solemnidad que conmemoramos, sí procuraré que lo estén a la de los latidos más sensibles de mi corazón, que en estos momentos apresura su paso por varios y muy justificados motivos.

Nos preside el Sr. Ministro de Obras Públicas, Conde de Vallellano, persona a la cual no podemos considerar ajena a esta Casa porque felizmente nos hemos beneficiado de su asesoramiento, de la lucidez de su personalidad, de su valiosa opinión—tantas veces contrastada en el servicio de España—, durante los varios años en que nos ha acompañado en las ta-

Ya ha podido ver el Sr. Ministro de Trabajo, tan perspicaz y tan preparado para recibir las palpitaciones de la vida moderna, hoy tan complicada, cómo el Banco de España, a través de un siglo, ha allanado la actividad del poder público desarrollando tan admirablemente una extensa labor social, anticipándose con sus concesiones a los postulados de una política que actualmente llena los corazones de todos los españoles como un imperativo de justicia; y ha podido comprobar que los beneficios acordados por el Banco de España a la Caja de Pensiones no han sido sino anticipaciones felices, en muchos casos, de lo que luego habrían de ser disposiciones de gobierno.

Esto tiene una alta trascendencia y una alta importancia, porque sirve para comprobar una vez más cuánto puede lograrse dentro de instituciones tan poderosas como el Banco de España cuando están inspiradas en principios de sana orientación social y dejan esa limpia ejecutoria de que nos hablaba hace unos momentos el Sr. Subgobernador, que nosotros hemos de legar a nuestros sucesores, como la hemos recibido de nuestros antepasados.

Así, pues, señores, es para mí una doble satisfacción y un gran orgullo el aunar a mi condición de Consejero del Banco de España —siquiera hoy por imperativos de mi cargo me encuentre alejado de sus deliberaciones— la de representante del Gobierno de Franco y rodeado de mis compañeros, los Ministros de Comercio y Trabajo —mis queridos amigos siempre—, Sres. Arburúa y Girón, y del Sr. Gobernador del Banco, Conde de Benjumea, ligado a mis más profundos afectos de antiguo y de siempre; es para mí, repito, un honor y un recuerdo gratisimo, junto a las demás efemérides que me unen al Banco de España, el poder recorrer esta bandera nacional, cuyos colores reflejan todas las ilusiones de nuestra alma en el transcurso de una vida laboriosa dedicada solamente a ellos, para dar paso a esta lápida en la que se perpetúan los merecimientos del Banco y la justicia del Gobierno del General Franco al otorgarle su recompensa. (Muchos aplausos.)



Seguidamente se trasladaron los señores invitados y el numeroso público concurrente a la Sala de Juntas, donde el Secretario General y Presidente de la Junta Administradora de Pensiones, Excmo. Sr. D. Alberto de Alcocer dió lectura a las siguientes cuartillas:



Excmos. señores, señoras y señores:

El 18 de febrero de 1852, una R. O. firmada por S. M. la Reina D.<sup>a</sup> Isabel II, con el refrendo del Ministro de Hacienda, D. Juan Bravo Murillo, aprobaba unos nuevos Estatutos para el Banco Español de San Fernando. Uno de sus artículos, el 72, decía así: "El Banco establecerá una Caja de Pensiones en favor de sus empleados y de las viudas e hijos huérfanos de éstos, dotándola por medio de un descuento en los sueldos de los mismos empleados y con la subvención que la Junta general acordará cada año." En esta Casa, considerada como una consecuencia histórica del Banco Nacional de San Carlos —y lo fué, sin duda, en cuanto se refiere a la continuidad de sus empleados—, no eran nuevas las medidas de previsión social en favor de las familias de sus servidores, puesto que venían rigiendo desde el 9 de julio de 1794 a través del Montepío de Reales Oficinas. No representaba tampoco novedad alguna en aquella época el establecimiento de una institución previsora como la que entonces creaba



el Banco Español de San Fernando. Las corrientes mutualistas del siglo XVIII se habían traducido en una apertada floración de Montes Píos, estatales y de iniciativa privada, en toda España. Recordemos entre estos últimos el Monte Pío de Abogados de Madrid, fundado en 1775; el de Escribanos y Notarios, que se creó el 28 de agosto de 1776; el de Cirujanos y Sangradores, cuyo primer reglamento data de 31 de agosto de 1779; el de Maestros, nacido en 1780; el de Músicos, el de Corredores de Lonja y tantos otros. Ahora bien, de tantas y tantas instituciones, ¿cuántas han mantenido vigor y empuje suficiente para llegar sin solución de continuidad hasta nuestros días?... Lo que da, pues, alcance y significación a la fecha que conmemoramos, lo que la hace cobrar trascendencia no sólo en los anales de nuestro Banco de emisión, sino en la general historia de la mutualidad española, no es su antigüedad, sino el hecho de haberse mantenido a través de cien años, venciendo cuantas dificultades —que a veces llegaron a parecer insuperables— fué acumulando la implacable realidad de la vida. Lo que hace de este día fecha jubilar, es que el transcurso del tiempo no sólo ha conservado unas realizaciones iniciales, sino que ha ido acrecentando el empuje primero hasta alcanzar el magnífico momento actual, en el que, me atrevo a decir, nuestra Caja de Pensiones no cede su lugar de preeminencia, en lo que respecta a la amplitud y generosidad de sus concesiones, a ningún organismo similar de cuantos hoy existen en España.

En efecto, y para no referirnos sino a algunos aspectos esenciales, bastará citar que en nuestra Caja no existen pensiones inferiores a 5.000 pesetas anuales (con lo que numerosas pensiones de jubilación, de viudedad y de orfandad tienen una cuantía muy superior a los sueldos disfrutados por los causantes en activo); bastará decir que las pensiones de jubilación llegan a alcanzar el 90 por 100 de los sueldos-base, incrementados en el 40 por 100 de plus de carestía de vida, y ello sin ningún tope máximo, con lo que pueden lograrse pensiones de retiro de más de 80.000 pesetas anuales; bastará recordar que en caso de fallecimiento de un empleado, los familiares con derecho a pensión reciben socorros extraordinarios en metálico que sobrepasan el importe de 14 mensualidades del sueldo de planta; sin embargo, los empleados siguen descontando de sus haberes el mismo porcentaje que se fijó en la fecha de la fundación, hace cien años: el 4 por 100. El pago de tan cuantiosas prestaciones se hace posible gracias al capital de más de 180 millones de pesetas en fondos públicos y acciones del Banco de España, que la generosidad del Establecimiento ha ido creando en nuestro favor.

Este bloque de firmeza, esta máquina administrativa que funciona sin roce, esta obra prestigiada por tantos años de existencia y que a ojos poco advertidos se presenta como algo consuetudinario y natural, es, sin embargo, el producto de muchas luchas y cavilaciones, de muchos esfuerzos, de muchas generosidades, de muchas dudas también. Es el producto, en fin, de un debatirse frente a contingencias que no era posible prever en los momentos de la fundación. Hagamos rápidamente un recuento de las más señaladas:

La creación de la Caja de Pensiones en 1852 fué un acto de generosa imprevisión. Queremos decir con ello que su vida futura no se condicionaba al resultado de unos cálculos matemáticos previos; el pago de las pensiones no estaba amparado por lo que en la técnica actuarial se conoce con el nombre de "la reserva matemática". Se trataba de una necesidad del personal y el Banco vino a remediarla. Bastó con que en el Banco de Francia —que sirvió de modelo en aquellas fechas para la reforma de los Estatutos del Banco Español de San Fernando— existiera una institución similar; bastó que los empleados expusieran la situación en que quedaban al término de su vida activa y la de sus viudas y huérfanos en caso de fallecimiento, para que el Banco creara en sus propios Estatutos la Caja de Pensiones, como un estamento más de su organización interna.

En los primeros tiempos, su desenvolvimiento económico fué francamente favorable. Ni existían pensiones, ni se declaraban en gran proporción porque los empleados eran jóvenes en su mayoría; todo eran, pues, ingresos, y los fondos de la Caja crecían considerablemente,



hasta el punto de que en 1868, al independizarse la Caja del Banco, se establecieron en el nuevo Reglamento especiales importantes mejoras. Pero llegó, como no podía ser menos, el período declarativo de pensiones, y con él comenzaron las dificultades. Hacia 1880 la situación económica de la Caja distaba mucho de ser todo lo boyante de los tiempos primeros, y ya se temían, para un futuro próximo, peores males. No hubo más remedio que acudir a la reforma del Reglamento, cercenando considerablemente las ventajas concedidas en 1868. Protestaron los empleados acogidos a las disposiciones anteriores más beneficiosas, les fueron reconocidos sus derechos y dió comienzo un período de luchas internas entre las dos clases de empleados a los efectos de las pensiones: los acogidos al Reglamento de 1868 y los pertenecientes al de 1880.

Se había creado una situación de tirantez, que se hace aún más crítica a principios de siglo, al aparecer el tan temido déficit en los ingresos y pagos de la Caja. Pasa entonces nuestra Institución por un período verdaderamente crítico. La Junta general del Banco, mediante donativos extraordinarios, va enjugando los déficits y trata de salvar una situación, que se agudiza por momentos, pues aumenta sin cesar la declaración de pensiones. Se intenta elevar los descuentos de los empleados, pero éstos se oponen terminantemente en un famoso plebiscito, en el que rotundamente expresan su negativa a las proposiciones del Consejo de gobierno. En estas circunstancias, un Consejero, el Marqués de Mochales, propone la disolución de la Caja, y el Consejo comienza a estudiar esta posibilidad. Al fin, y cuando todo parecía perdido, surge la fórmula salvadora, debida al que fué ilustre Subgobernador de esta Casa, D. Francisco Belda, Marqués de Cabra. La idea, aprobada por el Consejo de gobierno, es sancionada legislativamente por el R. D. de 4 de julio de 1921 y queda el Banco autorizado para constituir en valores públicos el fondo necesario para formar la reserva matemática de la Caja de Pensiones. Dicho capital habría de figurar en el activo del Banco y sus intereses quedarían ajenos a la cuenta de ganancias. En virtud de esta autorización, la generosidad del Consejo tiene amplio cauce donde expresarse: el capital de la Caja, que hasta 1920 era insignificante, crece con inusitada rapidez. En 1930 era ya de 90 millones de pesetas y en 1936 llega hasta la cifra de 130 millones. Comienza entonces una época de normalidad que alcanza hasta 1940. Terminada nuestra Guerra de Liberación y con motivo del alza en el nivel de precios, se presentó con carácter apremiante el problema del escaso poder adquisitivo de las pensiones en vigor y la necesidad de aumentarlas. Surge entonces otro hombre providencial: nuestro querido Subgobernador, D. Luis Sáez de Ibarra, que tan merecidamente ostenta el título de Presidente de Honor de la Caja de Pensiones. Sáez de Ibarra patrocina una de las reformas más revolucionarias de toda la historia de la Caja: el aumento en un tercio de los sueldos reguladores para todas las pensiones. Contando con la asistencia y constante apoyo de la Alta Administración y del Consejo, vuelven a destinarse a la Caja de Pensiones cifras desconocidas desde los tiempos de aplicación del R. D. de 1921, que hacen subir el capital hasta sobrepasar los 180 millones de pesetas. Al propio tiempo, y recogiendo el estímulo de los Montepíos y Mutualidades Nacionales creados por el Ministerio del Trabajo, se reforma el Reglamento de la Caja dando entrada a los préstamos de nupcialidad y natalidad y elevando los porcentajes de las pensiones hasta alcanzar cifras que, volvemos a decir, no son igualadas por ninguna otra institución similar de las que funcionan en España.

De hechos tan varios y encontrados ha nacido la magnífica realidad actual de la Caja de Pensiones, porque algo, en todo este azaroso proceso, representa la cohesión; algo forma el hilo que mantiene unidas las cuentas del collar; algo, en fin, ha permitido que hoy podamos contemplar a nuestra Caja de Pensiones como una obra endurecida por el paso del tiempo, tocada con el resplandor de cien años de historia. Esa fuerza poderosa y oculta, ese principio coherente y unificador, que no puede ser sino de índole espiritual, puesto que lleva en su



entraña virtudes creadoras, no ha venido impuesta desde fuera, sino que se ha ido formando paso a paso, como se crean las cosas verdaderas y durables, al calor de las necesidades y de los problemas de cada día. Y lo que se ha ido creando es, como queda dicho para siempre en mármol y bronce en la lápida que acabamos de descubrir, "un vínculo de unión perdurable", un nexo de unión entre dos estamentos, que si una doctrina satánica ha pretendido presentar como dos clases de intereses opuestos, no son sino dos partes de un mismo todo: los dirigentes y los dirigidos hacia una finalidad común, hacia una empresa que todos, cada uno en su puesto, tienen el deber de servir. En efecto, desde la altura de esta conmemoración centenaria, la Caja de Pensiones se nos presenta como un punto de coincidencia y de armonía que el tiempo ha hecho ya indeclinable, entre el Banco y sus empleados; si los unos pusieron su contribución económica y su esfuerzo personal, el otro salvó los momentos decisivos con una insuperable generosidad. La Caja de Pensiones es ya de todos, y tanto el Banco como los empleados rivalizan por mantener su sombra protectora, bajo la cual se han enjugado tantas lágrimas y se ha puesto remedio a tantas necesidades apremiantes.

Pues bien, en este camino en el que marchan unidos la empresa y sus servidores hacia zonas de seguridad, de bienestar y de convivencia, no son únicos los frutos conseguidos con la Caja de Pensiones. Hubo un tiempo, hacia 1922, en que nuestra benéfica institución, reducida desde el comienzo al pago de pensiones, pareció que iba a abrir sus puertas a nuevas mejoras de índole benéfico-social. En efecto, se incluyó en el Reglamento un precepto en virtud del cual se admitía la posibilidad de conceder, con cargo a la Caja, becas de estudio, auxilios médico-farmacéuticos, etc., etc. Incluso llegaron a concederse algunas becas de estudio en favor de huérfanos de empleados, pero la magnitud de estas innovaciones y el temor de que con el tiempo pudiera perjudicarse la finalidad esencial de la Caja, indujeron a sus administradores a paralizar la obra emprendida. No por ello se interrumpió la asistencia social en el Banco de España. Singularmente, al término de nuestra Cruzada de Liberación y siguiendo las directrices sociales propugnadas por nuestro invicto Caudillo y desarrolladas con inteligente tino por su Gobierno, el Banco de España ha iniciado una serie de importantes obras, de las que me voy a permitir enumerar algunas:

Los Servicios Benéficos de asistencia médico-quirúrgica, en conexión con toda la Banca oficial y los sanatoriales con 15 camas costeadas por el Banco en uno de los más modernos establecimientos de la sierra de Guadarrama; los servicios de Economato, que disfrutan de una fuerte subvención con objeto de primar artículos de primera necesidad en favor de los empleados y sus familiares; la magnífica Residencia edificada en Cercedilla, que es un verdadero modelo en su género; el Grupo de Educación y Descanso, que cuenta con un Albergue de Montaña en el Puerto de Navacerrada y viene otorgando numerosos beneficios para el recreo de los Empleados y práctica de los deportes; los cursillos de formación profesional, que gratuitamente vienen siguiendo numerosos Botones, Oficiales y Jefes en el Centro de Estudios Mercantiles, Instituto Bancario e Instituto de Economía Aplicada; la concesión de becas de estudios universitarios en favor de los hijos de los empleados, novedad implantada recientemente por iniciativa de nuestro querido Gobernador, el Sr. Conde de Benjumea, en excepcionales condiciones de amplitud y generosidad; los Ejercicios Espirituales en régimen de internado, costeados, en su mayor parte, por el Banco; el amplio sistema de socorros y anticipos, sin interés o con un interés mínimo, que se conceden a través de la Asociación Benéfica de Empleados o directamente por el Consejo; y, finalmente, la concesión de préstamos en favor de los empleados para la adquisición de sus propias viviendas, otra generosa idea de nuestro Gobernador, que ha comenzado ya a ser una realidad y para la que el Banco ha destinado, en principio, la suma de diez millones de pesetas.

Esta importante red de obras de asistencia social, cuyo mantenimiento supone para el Banco el desembolso de crecidas cantidades anuales, es casi desconocida fuera de esta Casa. Si yo me he permitido recordarlas en esta ocasión es porque estamos conmemorando el

nacimiento del organismo de previsión social, de carácter mutualista, más antiguo de cuantos existen en España, y que ha sido la simiente de la que se han deducido tan copiosos frutos y de la que todavía esperamos mucho para el porvenir.

Decía San Agustín en sus "Confesiones" que el pasado no existe, puesto que ya no es, "sino que un pasado largo es una larga memoria del pasado"; es decir, que el pasado no se muestra vivo y operante, sino en cuanto se hace presente por medio de la memoria. Pues bien, lo que de vivo y eficaz hemos de guardar hoy de los hechos pasados, de los cien años de historia de nuestra Caja de Pensiones, no es sino la larga memoria de aquella fuerza eficaz y unificante de que hablábamos hace poco; de aquella fuerza espiritual que ha movido las voluntades de la Empresa y sus servidores hacia zonas de común bienestar y seguridad.

En esta fecha solemne, yo me atrevo a pedir al Señor perduración para la larga memoria de este pasado que conmemoramos; perduración y eficacia para los impulsos que hicieron posible lo conseguido hasta aquí: que la fe de los empleados continúe mirando algo más allá de sus propias necesidades inmediatas; que la generosidad del Banco siga manteniéndose con ánimo constante y previsor; que no decaiga el vínculo de unión, sino que se acreciente y busque nuevos derroteros, a tono con el signo de los tiempos, para producir su acción benéfica sobre los empleados, no sólo durante el servicio activo, sino más allá del servicio activo, no sólo durante las horas de trabajo, sino fuera de las horas de trabajo; tratando de conseguir formas de vida seguras, edificantes y agradables.

Si todo esto no nos falta hemos de tener la seguridad de que a nuestra obra, que ha recibido ya la consagración de un siglo de historia, la espera un venturoso porvenir.

Levantemos, pues, el corazón a la esperanza y pensando en las generaciones venideras a las que hemos de transmitir esta antorcha de luz que ha durado ya más de cien años, hagamos firme propósito de inculcarles lo que la tradición hace mandato indeclinable: seguir figurando en los lugares de vanguardia para buscar el mayor esplendor de la empresa y el mayor bienestar posible de sus empleados dentro de esta pequeña parcela del solar patrio que es el Banco de Emisión.





Acto seguido, el señor Ministro de Trabajo impuso en la persona del señor Conde de Benjumea, gobernador del Banco de España, la Medalla de Oro de la Previsión Popular, concedida al Establecimiento por los méritos contraídos con la creación y sostenimiento de la institución de previsión de carácter mutualista más antigua de cuantas funcionan hoy en España.





## Discurso del Excmo. Sr. D. José Antonio Girón

Ministro de Trabajo

Excmos. e Ilmos. señores; señoras, señores:

La Medalla de Oro de la Previsión Popular no es una recompensa de compromiso. Se gana en circunstancias excepcionales y se otorga después de un juicio severísimo y cuando existe la seguridad de que quien la ostente no solamente va a ostentarla con honor, sino que va a acrecentar su prestigio. Esta seguridad, cuando la Medalla se concede a una persona, tiene un límite: el límite que Dios haya puesto a la existencia del galardonado. Cuando se concede a una institución, entonces el Estado tiene que ser más cauto y tiene que haber sometido a esa institución al contraste de una experiencia larga, difícil, en que la institución haya sido bien probada por los ácidos de la adversidad y por las mieles del éxito, bien templada en los amaneceres radiantes y en los ocasos indecisos, en la grandeza y en la miseria, en el poder y en la persecución. Y esto, señores, si no se obtiene en un día para el transcurso de una vida perecedera, imaginaos cuánto tarda para una corporación. Para obtener esta experiencia y para caminar sobre esta seguridad y para llegar hasta el pecho del hombre que represente a esa institución y para dejarle a él, con el fin de que la transmita a sus sucesores,



esta muestra de confianza y de distinción que la Nación otorga, hacen falta cien años; y por eso hoy, cuando dobla gozosa y triunfalmente el primer siglo de su vida la Caja de Pensiones del Banco de España, la Nación española, y en su nombre el Caudillo, y en nombre del Caudillo el más modesto de sus subordinados, se adelanta hacia el Conde de Benjumea, Gobernador del Banco de España, a decirle, con esta Medalla de mensajero, que espera de la primera institución de crédito del país otros cien años de lealtad, de fidelidad y de eficacia al servicio de la Patria y en primera fila.

No es fácil ni para los hombres ni para las instituciones recorrer los caminos de la lealtad, de la honradez, de la austeridad y del servicio a los demás. Estos caminos suelen estar erizados de riesgos, y para no capitular ante ellos, para no rendirse al cansancio, para saltar por encima de las ingratitudes, de las persecuciones, de las maniobras, de los acechos, de las perfidias, de todas las infamias que tejen en rededor de los hombres denodados las cobardes cuadrillas de los salteadores, hace falta estar fundido en bronce y tallado en piedra y tener el corazón transparente y puro como un diamante, que se resiste a ser rayado por el agudo puñal de la decepción.

De ese temple, de esa ley, de esa liga, de esa impasibilidad para la decepción, de esa tenacidad han sido los hombres que constituyen los polos sobre los que gira el eje de esta Caja, hoy centenaria y joven como una encina que se asoma, en plena lozanía, a la primavera de su primer siglo de existencia. Son dos hombres polares, dos hombres fuertes como atlantes los que, cada uno en su generación, han sostenido sobre sus hombros este pequeño pero pesado universo de vuestra Caja, que tantas lágrimas ha enjugado y que es para los hijos y para las mujeres de los funcionarios y para los viejos veteranos de las lides bancarias, cansadas e iguales, con esa atroz monotonía que tanto sacrificio supone para la personalidad propia, el bálsamo que alvia las heridas implacables del tiempo o de la adversidad.

Desde los días fundacionales en que el atrevido, pero para vosotros meritorio, Rouyer suscribía con Pedro Pauca, justamente el año de la Revolución Francesa, el acta de nacimiento de algo parecido a un Montepío de funcionarios del Banco de San Carlos, hasta que en 1852 se fundaba sobre bases más firmes la Caja de Pensiones del Banco de España, pasaron muchas cosas y el mundo inició uno de esos giros trascendentales que cambian fundamentalmente el signo de los tiempos. Entre convulsiones y tanteos y fracasos y frenazos y saltos avanzaba una era nueva, cuyo lento amanecer, no pocas veces iluminado por hogueras destructoras, presagiaba cambios esenciales para el hombre. Iba a cambiar la vida de signo y se inauguraba la época titubeante, balbuciente, imprecisa aún, en que la Humanidad iba a exigir de su clase dirigente ángulos de visión completamente nuevos, escalas distintas. Iban a ser, de un momento a otro, distinta la luz, distinto el tiempo, distinta la medida, distinto el trabajo, distinto el ocio. Y aquellas pequeñas diferencias que separaban la vida de Julio César de la de Carlomagno y la vida de Carlomagno de la de Carlos V y la de Carlos V de la de Napoleón Bonaparte iban a convertirse en diferencias estelares entre la vida de Napoleón Bonaparte y la vida de Winston Churchill, que puede recorrer en un par de horas, en la ancianidad y en reposo, las distancias que el joven corso o el joven Emperador o el joven cónsul a caballo hubieran tardado años en recorrer.

El mundo iba a ser esta vez nuevo de verdad y para él había que concebir y ejecutar formas nuevas de convivencia y de justicia. Los hombres poco creyentes, los hombres pusilánimes y asustadizos, los apocados y los ruines, pensaron que la carrera del progreso iba a hacer al hombre peor. Creyeron, en su pequeñez, que el vuelo de la inteligencia, en que la chispa encendida por Dios era como una almendra de luz, iba a convertirse en hoguera devastadora por el avance del progreso, que iba a hacer del hombre, cada vez más, un monstruo de maldad. Hombres de poca fe, casi blasfemaban de Dios con este terror al progreso. Pero la almendra de luz no fué hoguera devastadora, sino antorcha luminosa



encendida por el viento de la inteligencia en la más fecunda agitación de todos los tiempos; antorcha de luz que iluminó la senda del hombre y le condujo por mejores caminos. Sí, señores, mejores caminos; porque ya es hora de contestar a los nostálgicos y ya es hora de decir a los del "cualquier tiempo pasado fué mejor" que eso no es verdad y que el hombre y sus creaciones son cada vez mejores. Y es mejor, entre otras cosas, la sociedad organizada en un Estado, y hoy estamos más cerca de practicar las doctrinas de Cristo y de la Iglesia, más cerca de la perfección cristiana de la sociedad, que hace cien años; porque si no fuera así esta Caja cuyo centenario estamos celebrando no hubiera progresado hasta el punto de perfección que lo ha hecho ni estaríamos aquí para proclamar que esto es mucho mejor que aquello y que las horas de la jubilación y las de la orfandad y las de la viudedad de 1953, en el Banco y fuera del Banco, son mejores, mucho mejores que las horas de la viudedad y de la jubilación y de la orfandad de 1852.

Pero volvamos a nuestros dos hombres polares, a los dos pivotes sobre los que la prosperidad y la eficacia de vuestra institución gira y girará para siempre con ese movimiento casi astral que los elegidos saben imprimir a sus obras. Los dos son dos hombres de su tiempo y los dos, motorizados por el amor y por la justicia, reaccionaron de la misma manera. Estos dos hombres son D. Francisco Belda y Pérez de Nuevos, la grande y primitiva luz de esta cruzada, y D. Luis Sáez de Ibarra, cuya inteligencia ha levantado el segundo punto de apoyo para que la Caja gire con regularidad y para siempre.

Me perdonará y hasta me agradecerá el Sr. Sáez de Ibarra desde su inteligente y verdadera modestia que dedique el más encendido elogio a su ilustre predecesor, D. Francisco Belda, uno de los talentos más preclaros de su tiempo; hombre de una cultura universal y varia, sensible a todas las excitaciones del espíritu; caballero cristiano, sereno y ponderado, que hasta en su figura física reproducía los más dignos ejemplares de la raza, encontró lugar en su poderosa inteligencia, tan densamente ocupada por quehaceres del espíritu, para alojar en ella una de las semillas más sanas de su tiempo en el orden social y quiso salvar a la Caja de su crisis más fuerte. De su elevada disputa con el paternal y patriarcal García Escudero, que defendía a vuestra Caja heroicamente —probablemente con una profunda razón casi religiosa— contra la frialdad de la matemática, surgió en la poderosa mente de Belda aquella idea que un buen día de 1921 comunicaba en voz baja al bondadoso Castaño y que con una rapidez fulminante había de ser puesta en práctica y materializada en el Real Decreto de Hacienda que aceptaba y consagraba la idea de que el Banco constituyera las reservas matemáticas que había previsto el doctrinario Puyol, y que al mismo tiempo que salvaban financieramente la vida de la institución vinculaban entrañablemente, humanamente, cordialmente, al Banco con sus empleados, en una fórmula muy propia de aquel gran hombre que alternaba los números con los versos, las discusiones de las Consejos del Banco con sus pláticas literarias en los cenáculos intelectuales de su tiempo y que acertó con el mayor lujo del espíritu que cabía imaginar en un banquero de su época: el de tener su despacho comunicado con el de un gran escritor y un hombre excelso por muchos motivos, artífice del idioma, alto paladín de los ideales españoles más puros y que del pupitre de cuentas corrientes de una sucursal saltó a un sillón en la Real Academia Española y fué el amigo, el protegido y hasta un poco el entrañable Secretario de D. Francisco Belda: Ricardo León, funcionario del Banco de España y gloria de nuestras letras. (Grandes aplausos.)

Entre tales hombres ganaba su mayoría de edad vuestra Caja, y no es extraño que ungida con semejantes óleos y fortalecida por semejantes dones del espíritu pudiera atravesar sin perecer las sirtes, llenas de riesgos invisibles, pero tremendos, entre las que tuvo que navegar hasta el día en que el Banco de España, sobre su solar vacío, sobre las ruinas de su tesoro, sobre un campo de soledad y de expolio, robado, maltrecho y asolado, recomenzó su vida, para asombrarnos pocos años después con una milagrosa pujanza, de la que la Caja de Pensiones había de beneficiarse.



Y con la misma fulgurante rapidez, con la misma súbita inspiración con que D. Francisco Belda salvó a la Caja en 1921, D. Luis Sáez de Ibarra la salvó en 1948, sorprendiéndonos a todos, arrancando, con la arrogancia propia de su madura juventud, con ademán de combatiente de una revolución cierta y leal, hacia los objetivos más ambiciosos; tan ambiciosos, tan leales, tan claros, tan diáfanos, que el Estado Revolucionario Nacional, que tenía la obligación de desconfiar de todo, de vigilarlo todo, acabó dándole el paso franco, a banderas desplegadas, hacia la autonomía que se había ganado la Caja a pulso y de cuyo estandarte centenario y glorioso fué él el alférez de la victoria.

De acuerdo el Banco con los funcionarios y con el Ministerio de Trabajo, a través de su Dirección General de Previsión, esa autonomía quedó establecida para ejemplo de todos.

Para ejemplo difícil, señores; muy difícil. Y aquí es donde me voy a permitir una pequeña o grande discrepancia con cierta inclinación que advierto en torno a esta victoria de vuestra autonomía. Es posible, y yo lo estoy deseando, porque así lo desea el Movimiento y así lo desea su Jefe supremo, que esta autonomía sea el principio de una Caja de Seguridad Social privada. Ni lo afirmo ni lo niego. Digo que lo deseo. Cien años de experiencia y la perfección alcanzada permiten ser optimista en esta materia. El Banco de España constituye el Senado financiero del país: tiene una naturaleza nacional profunda, es el tronco mismo del país en aquella materia. El Banco de España es centenario y es en muchos aspectos ya una piedra miliaria de la Historia patria. El no ha necesitado sentir sobre sí la fuerza coactiva del Estado para servir y cumplir la política social del Movimiento porque es casi el Estado mismo. No ha necesitado ser espoleado por el Estado para establecer, al menos en materia de previsión, la justicia social para cuyo triunfo murieron centenares de sus funcionarios y quedaron vacías del oro de varias generaciones, de la herencia de un Imperio, sus cajas, que eran los pilares de nuestro crédito universal.

Pero sería de una perniciosa inocencia generalizar y suponer que "no es preciso emplear la fuerza coactiva del Estado" para establecer la justicia. No será preciso en el Banco de España. Y, efectivamente, no lo ha sido. Pero fuera de! Banco de España, y salvo excepciones meritorias, aunque no centenarias, señores, sigue siendo necesaria esa fuerza coactiva, desgraciadamente y por mucho tiempo. ¡Ya lo creo que sigue siéndolo! Porque es muy difícil hacer pasar dos veces por un mismo meridiano financiero dos estrellas de la magnitud de Belda y Sáez de Ibarra. Muy difícil, señores. Tal vez imposible por el momento.

Señores: Nada hay tan peligroso como la beatería política, y sobre todo en tiempos como los actuales, en que la presencia de la justicia social tanto irrita a las fuerzas que la aborrecen. Nada hay tan peligroso como suponer que de repente los hombres nos hemos convertido todos en querubines. Semejante actitud puede arrastrar a errores gravísimos: uno, el de repetir, sin pararse a pensar lo que se repite, que los intentos del Movimiento en orden a la justicia social son intentos de socialización del país; otro, el de suponer que ya, ahora, inmediatamente, sin esperar a más, estamos en tal paraíso de perfecciones político-sociales y somos dueños de tal pureza moral que podemos dormir tranquilos, porque el Amor y la Caridad pueden establecer el reino de la justicia. ¡Ya lo creo que pueden, señores! Pero ha de ser a condición de que desde el propósito de establecerla hasta su establecimiento real pasen en cada caso cien años y pasen hombres como los hombres que han pasado por la Caja de Pensiones del Banco de España.

Y es preciso, además, otra cosa, señores: es preciso que en la cumbre de las Empresas que aspiren a este patriciado se hallen auténticos patricios; y tampoco es fácil hallarlos de la talla, de la altura, de la ley de este español en que se transparentan, como en un cáliz de cristal, un alma selecta y un entendimiento preclaro y en cuyo pecho la Medalla de Oro de la Previsión empieza a prestigiarse al sentir el ritmo y el calor del corazón gigante de D. Joaquín Benjumea, Conde de Benjumea, cuya amistad y cuyo consejo son un tesoro, yo os lo aseguro.



La lealtad entre nosotros, los españoles, es una virtud tan alta, es una tan celeste virtud, que hay que ofrecerle, para que sea perfecta, la inmolación de la propia sangre, y tampoco este tributo faltó al Conde de Benjumea. Sangre de sus venas brotó impaciente en la aurora de la Cruzada, y apenas se había levantado el sol de la verdad y de la justicia por campos de Andalucía, fresca sangre de Benjumea regó los surcos primeros de nuestra nueva fe, para que fructificaran obras de verdad y obras de justicia. La inmolación de los hijos era precisa para la santidad de nuestra Cruzada, y en el ara de las calles sevillanas, ardientes de sol y de pasión, la rosa de un corazón primaveral se abría, y el hijo del Conde de Benjumea encabezaba la lista gloriosa de los jóvenes caballeros que caían por Dios y por España, en la aurora de su vida. Signo glorioso éste de una estirpe que va poniendo la marca de su potente personalidad en la Historia de medio siglo de vida española con nombres como el de Guadalhorce, que en las cruzadas de la paz quedará inscrito indeleblemente, inmarcesciblemente. Si hubiera que definir por el ejemplo lo que es la lealtad a unos principios, la lealtad al deber que uno se ha impuesto, la lealtad al Jefe, la lealtad a la Patria, la lealtad al buen consejo, la lealtad a los amigos, la lealtad a la época que se vive, la lealtad a los subordinados, la lealtad al pasado, la lealtad al presente y la lealtad al futuro de una estirpe; si, en suma, hubiera que definir la lealtad como principio universal, tendríamos que decir que la lealtad es don Joaquín Benjumea. (Grandes aplausos.)

Señores, jerarquías del Banco de España, funcionarios, amigos y camaradas: En todas partes está la gloria de Dios y en todas partes está el servicio de la Patria. Y para que ambas cosas se hallen en los despachos de esta casa solariega y de todas las casas filiales extendidas por la Patria, murieron por ambas glorias, la de Dios y la de España, los mejores de entre vosotros, los que os exigen desde sus tumbas otro siglo de fidelidad y de servicio, al grito inextinguible de nuestra fe: ¡Viva Franco! ¡Arriba España!



Finalmente el

Excmo. Sr. Conde de Benjumea

Gobernador del Banco de España, cerró el acto con las siguientes palabras:

Después de los elocuentes discursos de los Sres. Subgobernador del Banco, Ministro de Obras Públicas, Secretario General y Presidente de la Junta de la Caja de Pensiones y Sr. Ministro de Trabajo, he de pronunciar unas breves palabras para hacer constar en la representación que ostento, el profundo agradecimiento del Banco al Generalísimo y al Gobierno por la alta distinción que le ha concedido en mérito de su ejemplar conducta en el orden de la previsión social.

Por otra parte, he de hacer constar a los Sres. Ministros y altas autoridades presentes nuestra sincera gratitud por el relieve y la prestancia que han dado a este acto tan solemne y tan grato para todos los empleados, y en especial para los que pertenecemos al Consejo general por la parte que hayamos podido tener en los hechos que se conmemoran.



Para corresponder a tan alto honor, creyendo interpretar al propio tiempo cuál es el espíritu del Banco, yo aseguro la perseverancia del Consejo y la alta Administración en la conducta seguida hasta aquí para proseguir la labor social emprendida con nuevas mejoras que no dejarán de ofrecerse al estudio y consideración del Consejo y de las cuales algunas están ya en marcha, como ya se ha hecho constar en este acto. Y con la reiteración de este propósito, que creo tener el derecho y el deber de manifestar, concluyo diciendo que el Banco ha de perseverar en él por fidelidad a su tradición y a los principios que el Generalísimo ha inculcado en toda la política social del Gobierno, cuya encarnación, cuya representación, cuyo portavoz es el ilustre Ministro de Trabajo. (Gran ovación.)



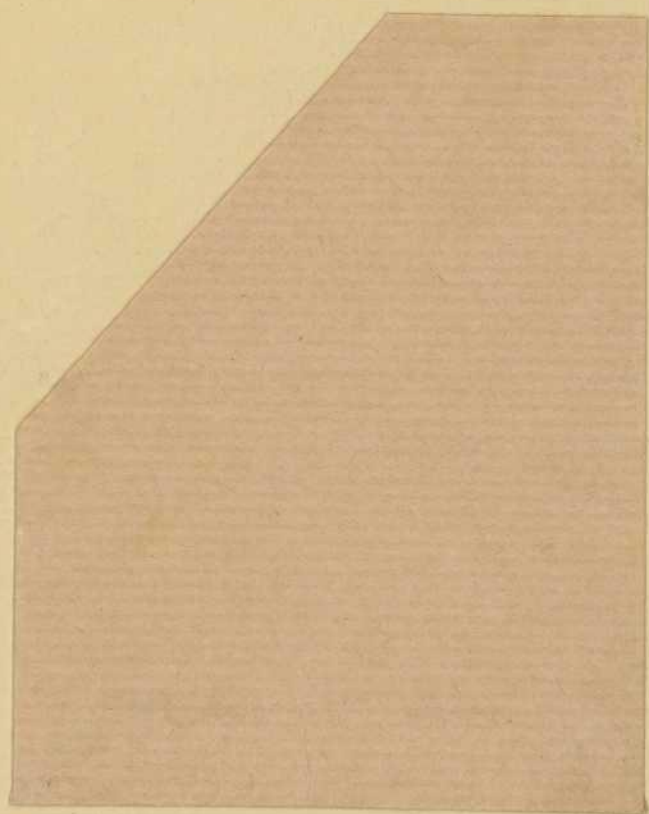
Medalla de oro de la Previsión Popular, con la placa de plata repujada, costeada por suscripción entre el personal activo del Banco de España y sus jubilados y pensionistas.



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE FOLLETO EN LOS  
TALLERES TIPOGRÁFICOS IMNASA,  
MENORCA, 45 - MADRID, EL DÍA  
DOCE DE ABRIL DE  
MIL NOVECIENTOS  
CINCUENTA  
Y TRES.

REPORTAJES GRÁFICOS  
DE  
RAGEL Y PORTILLO







IMN A S A  
M A D R I D

(R. 6406)